

La naturalización de la teoría social.

Diez notas

Félix OVEJERO



Ilustración: David Miedes Casas

Félix Ovejero Lucas –profesor de Economía en la Universidad de Barcelona– ha enfocado su investigación, por un lado, en cuestiones vinculadas con la relación entre economía, mercado y ética; por otro lado, en la metodología y la evolución de las Ciencias Sociales. En este sentido, destacan entre sus obras: *De la naturaleza a la sociedad* (1987. Barcelona: Península), *Contra la epistemología indiferente* (2003. Barcelona: Mondadori) o *El compromiso del método* (2004. Barcelona: Montesinos).

1. En los últimos veinte años se ha producido una reorientación de las ciencias sociales en una dirección que pone en entredicho su separación respecto a las ciencias "de la naturaleza". A ese proceder se le ha dado en llamar "naturalización". Como no está exento de ambigüedades, lo primero es cartografiar el terreno. Muy en general se pueden reconocer dos estrategias que, combinadas, ofrecen cuatro posibilidades: defender la unidad de la naturaleza (unidad ontológica de la realidad) y/o defender la unidad en la aproximación, en las estrategias explicativas (unidad metodológica, sin asumir ninguna tesis acerca de la unidad de la realidad). A partir de ahí se pueden reconocer cuatro versiones diferentes, incluida una defensa de la dualidad metodológica compatible con la unidad ontológica, esto es, que podríamos aproximarnos de dos maneras distintas a una realidad única, una de las cuales sería una "estrategia metodológica de las ciencias sociales" para explicar los procesos naturales: serían ejemplo de ello los procedimientos narrativos de los etólogos o, incluso,

la utilización de esquemas intencionales (de atribuir creencias y deseos) a los procesos naturales, como hacía el animismo o nosotros a diario al relacionarnos con ciertas máquinas ("el ordenador no me responde", "el cajero no me quiso dar dinero"). Otra posibilidad, que encarnaba por ejemplo Durkheim, es la de una unidad de método, de una aspiración a una "ciencia de leyes", a la vez que se defiende una discontinuidad entre los diversos órdenes de la naturaleza (propiedades emergentes) que daría pie a la autonomía de las diversas disciplinas (el antirreduccionismo que se resume en la fórmula "el todo es más que la suma de las partes"): una discontinuidad, dicho sea de paso, que busca sus avales en la propia naturaleza (en la biología del momento, que ni remotamente contempla la posibilidad de quedar subsumida en la química). Y así, hasta completar el cuadro, las cuatro posibilidades.

2. En realidad, el naturalismo más común se refiere sobre todo a líneas de investigación teóricas, antes que a tesis metodológicas. Quizá fuera más exacto hablar de "realismo", entendido en este caso como la estrategia consistente en exigir a las teorías la compatibilidad con los resultados de investigaciones procedentes de otras disciplinas, entre ellas las "ciencias de la naturaleza", para decirlo con la clásica -y discutible- distinción. En esa orientación cabría encuadrar: a) Investigaciones procedentes de la psicología evolutiva comprometidas con la tesis de que la explicación de muchos comportamientos sociales han de tomar como punto de partida la existencia de una naturaleza humana resultado de un proceso evolutivo regido por la selección natural; b) Estudios experimentales que confirman el escaso realismo de los supuestos de comportamiento de la teoría económica, en particular del *homo economicus*, egoísta y superlativamente racional; c) Investigaciones neurológicas -facilitadas por las nuevas tecnologías tomográficas, de imagen- que han explorado el sustrato cerebral de comportamientos normativos y emocionales. Hay una cuarta línea, pero sus raíces son anteriores y por su importancia en la teoría social y sus particularidades -que complican la califica-

ción como naturalista- mejor mencionarla en un punto y aparte.

3. Se trata de una línea de trabajo, con un alto grado de autoconciencia metodológica, con un germen sensatamente realista y notable calidad analítica: el individualismo metodológico que, conviene precisar, no se ha de confundir con tesis éticas o metaéticas, como el egoísmo o el individualismo ético. Su versión más madura es la metodología de los mecanismos. Desde esa perspectiva, el objetivo final de la investigación es contar la historia causal que realmente sucede, *el mecanismo*: "la constelación de entidades y actividades organizadas de manera tal que regularmente producen un determinado tipo de resultado" (*Hedström*). Explicar sería abrir la caja negra que muestra los engranajes que relacionan dos variables. Unos engranajes cuyo soporte último es la interacción entre agentes sociales, o dicho de otro modo, "actores, deseos, creencias y oportunidades". La teoría de los mecanismos, enfatiza -y en esto se separa de las versiones más clásicas de individualismo metodológico- en la importancia de la plausibilidad psicológica de las acciones: no basta con conjeturar un relato que, por ejemplo, nos dice que los emigrantes envían dinero a sus países de orígenes para que sus paisanos no vengán a la metrópoli y bajen sus salarios. La teoría de los mecanismos quiere evitar tales especulaciones que se limitan a "montarse una película" con los mimbres del egoísmo y la racionalidad. Mejor detenerse con detalle.

4. La extensión de la estrategia del individualismo metodológico al conjunto de la teoría social debe mucho a lo que se ha llamado "el imperialismo de la economía", que consistía en abordar los procesos sociales con modelos procedentes de la microeconomía: agentes racionales que maximizan su utilidad en distintos escenarios, en particular, en los mercados. Gozó de particular vigor -y no pocos éxitos parciales- en la ámbito de la política, con la teoría de la elección racional, que abordaba las democracias como mercados políticos en los que unos agentes (los partidos) compiten por los votos de otros

(los ciudadanos), atendiendo cada cual a su propio interés. La estrategia, como tal, no era reprochable, al contrario, la extensión de teorías, la explicación de más (realidades) con menos (leyes) es, a falta de otras consideraciones, un razonable principio metodológico. Además, y esta era su mayor virtud, se expurga a la teoría social de entidades y atribuciones imposibles: "los intereses nacionales", "el sistema impone".

5. El problema apareció cuando esa estrategia metodológica se completó con las tesis metodológicas de Friedman, según el cual, debemos olvidarnos del realismo de los supuestos -entre ellos los de comportamiento- de las teorías y fiarlo todo a la capacidad predictiva. Por este camino se debilita seriamente el sensato compromiso con la explicación a partir de las razones (de las creencias y los deseos) de los sujetos sociales. No podemos descalificar a quienes hablan de "la voluntad del pueblo" diciendo que a las únicas entidades a quienes podemos atribuir estados mentales (intenciones, creencias y deseos) son los individuos (o a las unidades de decisión) e inmediatamente dar curso a cualquier supuesto, por el mero hecho de que sus implicaciones resulten compatibles con las observaciones. Si todos los supuestos valen, también valen las estrategias holistas o las explicaciones funcionales que apelan al "sistema" o a "la voluntad nacional" o a "las necesidades de la sociedad". Ese es el realismo que busca recuperar la teoría de los mecanismos: tasar las explicaciones y sus interioridades.

6. A mi parecer, este es, en lo esencial, el paisaje actual de las ciencias sociales. En rigor, no se trata tanto -salvo el caso de la teoría de los mecanismos- de tesis metodológicas, como de desarrollos teóricos, de conjeturas explicativas con implicaciones metodológicas. La valoración final no podrá ignorar conquistas irreversibles: el reconocimiento de que no podemos ignorar la existencia de una naturaleza humana en las explicaciones sociales o, dicho de otro modo, de que estamos lejos de ser simples "construcciones sociales", "cultura" y no naturaleza; la importancia de la fertilización cruzada, de atender

a resultados de las investigaciones sin corporativismos gremiales; la necesidad de purgar a la teoría social de conceptos holistas o modelos funcionales que se usan para todo, pero nada explican: el pueblo, la humanidad, la voluntad nacional, etc. Desde una perspectiva exclusivamente metodológica, las mencionadas líneas de investigación han supuesto una higiénica contaminación de los procedimientos más comunes a las disciplinas más maduras, indispensables en la buena ciencia: control empírico, realismo, compatibilidad con el conocimiento disponible, precisión conceptual, estrategias reductivas. En el caso particular del individualismo metodológico, por su propia voluntad de ir por lo directo a los sistemas sociales, conllevó un afán de claridad, que nunca sobra en las ciencias sociales, siempre tan esquivas a la higiene conceptual: uso de definiciones explícitas, especificación de la anatomía de las inferencias, interdisciplinariedad, modelización de escenarios, introducción de herramientas matemáticas (teoría de juegos, grafos, inferencia estadística).

7. Hay un par de conquistas, adicionales, que, sin que se puedan atribuir estrictamente al giro naturalista, en tanto formaban parte de la más sensata reflexión metodológica, sí que se han visto reforzadas por la aproximación a "las ciencias naturales". La primera: una distinción clara entre los aspectos positivos y normativos. Entendámonos, cualquier enunciado positivo puede ser el cimiento de una prescripción. El enunciado: "Siempre que C, se produce E", nos permite basar la "norma": "Para obtener E, debes crear las condiciones C". De manera parecida, la teoría de la racionalidad, que nos precisa en qué consiste un comportamiento racional, como teoría normativa es poco discutible: parece sensato que si A se prefiere a B y B a C, se deba preferir A a C; pero también la podemos entender empíricamente, como descripción del comportamiento real de las gentes -que es lo que hace la teoría económica-, y, en ese caso, no siempre se corresponde con las observaciones. Pero eso no afecta a su calidad normativa; al revés, si podemos darnos cuenta de nuestros sesgos cognitivos o fallos

inferenciales es porque podemos contraponer –y por tanto distinguir– entre lo empírico (el comportamiento real de los agentes) y la teoría normativa (el cómo debe ser). En ese sentido, la extendida consideración de que toda la teoría social está cargada de juicios de valor, para ser inteligible ha de poder distinguir entre los juicios de valor y los empíricos. Sostener que lo que normalmente pasa por "teoría social" está repleto de valoraciones que implican admitir que hay lugar para una teoría social que no contiene valoraciones. Eso exactamente es la teoría social, la que busca explicar y conocer la verdad. No la felicidad o lo que deberíamos hacer. Lo otro, interesante y digno, forma parte de otro negociado: la filosofía práctica.

8. La segunda: levantar las cautelas frente a la cuantificación y, más en general, al uso de la formalización, de las matemáticas (que no es estrictamente lo mismo que la cuantificación). Durante mucho tiempo, en teoría social se ha producido un elogio incondicional del conocimiento "cualitativo". Algo que, a palo seco, cuesta de entender. La superioridad informativa de lo "cuantitativo" está fuera de duda. Tenemos limitados adjetivos para describir las cosas. Introducir una función métrica es superar esa limitación. Podemos decir de Juan que es alto, bajo o de estatura media. No está mal. Pero es mucho más preciso afirmar que mide 1,50 o 1,80 metros. Lo "cuantitativo" es lo "cualitativo" y algo más, mejor. El primer paso para introducir una medición es una clasificación cualitativa, como, por ejemplo, la escala de dureza de los minerales. En determinadas condiciones podemos avanzar un poco más y asignar un número. Es cierto que, a veces, tenemos dificultades para hacerlo. Pero eso es una limitación, no una conquista. Hay muchas más ventajas que las informativas en el uso de las matemáticas. Las argumentaciones "narrativas" que tan persuasivas nos parecen, las que por ejemplo rigen un artículo de opinión, están plagadas de conjeturas espontáneas propias del sentido común, de complicidades con el lector, o de relaciones de causalidad simplemente plausibles, que, por detrás de su aparente naturali-

dad y realismo, escamotean un montón de presunciones que no por no mencionadas no existen. En ese sentido, las "razonables" y realistas argumentaciones de muchos textos de ciencias sociales están saturadas de pequeñas trampas y falacias que escapan incluso a sus propios gestores: términos que no se definen o que se usan de modo diferente en distintos lugares, léxico común que se utiliza con pretensiones técnicas pero sin reparar en su natural polisemia, pasos argumentales con una apreciable dosis de arbitrariedad, inferencias descontroladas a partir de evidencias limitadas, secuencias causales que se ignoran y que operan en dirección contraria a la que se destaca.

9. Otra cosa es la formalización ociosa o mal hecha. Más de una vez ha sucedido que, para poder utilizar una herramienta matemática poderosa, se ahorman los sistemas reales hasta hacerlos irreconocibles y, al final, se ignoran propiedades relevantes de los procesos que se querían explicar, al modo de Procrusto, aquel bandido que cortaba o estiraba las extremidades que no se ajustaban a la longitud de la cama. Nos interesan las matemáticas que nos permiten formalizar propiedades que, previamente, hemos reconocido en los procesos reales. La potencia de la teoría de juegos arranca precisamente de ahí: nos permite dar forma a la interacción estratégica entre agentes, una situación muy común en los procesos sociales. Pero las matemáticas llegan al final, cuando sabemos como son realmente las cosas. Tiene sentido utilizar la operación suma para agregar dos volúmenes: al juntar un recipiente con 15 litros de agua con otro con 30 nos da un tercero con 45 litros. Reunir dos habitaciones con temperaturas respectivas de 15 y 30 grados no nos da una con 45.

10. Dicho lo anterior, hay que prevenirse frente a las promesas del naturalismo que a veces no pasan de ser promesas, declaraciones de principio. Los "resultados" no pocas veces son parciales, equívocos y, con frecuencia, se interpretan mal. Basta con pensar en esas explicaciones de acciones violentas o terroristas que, sin más, remiten al cerebro del terrorista o a la estrategia adaptativa de la violencia.

Quien procede de ese modo es, simplemente, un ignorante, para empezar de la inferencia estadística. Ante todo, cordura para ajustar el foco. Algunos usos de la psicología evolutiva se parecen a un intento de arreglar un reloj con una grúa. Si queremos explicar la crisis, de poco nos servirá acordarnos de Darwin. Si queremos conocer las pautas de reproducción es otra cosa. No hay que confundir los resultados de la ciencia y las declaraciones programáticas, la filosofía. Los poemas son una cosa, los manifiestos generacionales de los poetas, otra: no es poesía, sino promoción.